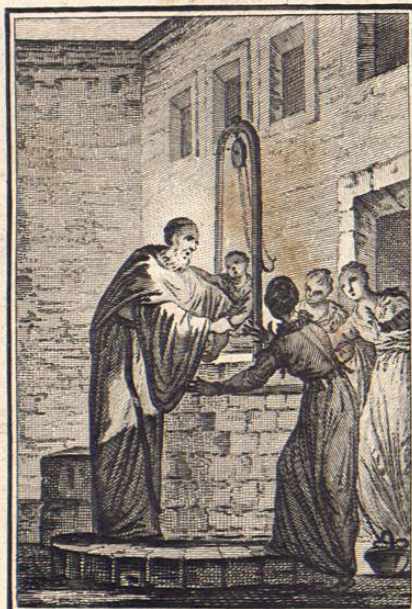


junto con las de S. Gorgonio tambien mártir, las cuales hizo traer á Francia el año de 766; y saliéndolas á recibir con religiosa pompa y devota magnificencia, colocó las de S. Gorgonio en la célebre abadía de Gorza, las de S. Nabor en la iglesia del monasterio de S. Hilario, y las de S. Nazario en la del de Lauresham, ó de Lorch.

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR.

SAN Juan de Sahagun, uno de los mas brillantes ornamentos del sagrado orden de los ermitaños de S. Agustin, nació por los años de 1419 en la villa de Sahagun, pueblo considerable por aquellos tiempos, perteneciente al reino de Leon, de donde tomó el sobrenombre, dejando el propio apellido de su familia; al modo que la misma villa hubo de S. Facundo esta denominacion. Sus padres Juan Gonzalez de Castrillo, y Sancha Martinez, muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, vivian con el desconsuelo de no tener sucesion; y deseosos de obtenerla, recurrieron por medio de reverentes supplicas y fervorosas oraciones al cielo, solicitando su bendicion, é interesando para conseguirla á la Santísima Virgen; invocaban su proteccion con reverentes instancias ante una prodigiosa imágen venerada con mucha devocion en una ermita contigua al pueblo. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, concibió Sancha, y dió á luz un modelo de perfeccion; al que se siguieron otros muchos hijos que se dignó concederle la divina piedad.

La docilidad con que Juan desde niño atendia á los laudables consejos de sus padres, la natural propension á la virtud, sus activas inclinaciones á todo género de obra buena, con especialidad á las humillaciones y mortificaciones, y en fin, la madurez de juicio que mostró en sus tiernos años, hicieron conocer desde luego como Dios le habia elegido para siervo suyo; y así solia decir el padre, que el que viviera, veria á su hijo santo. Todo el pueblo estaba poseido de una extrema admiracion, observándole distraído enteramente aun de los inocentes entretenimientos propios de la primera edad, siempre ocupado en los ejercicios de devocion. Tenia la sencilla costumbre de reprender á los niños aquellas vivezas y travesuras que pasan por naturales en la puerilidad; pero con un modo tan gracioso, tan lleno de decoro y gravedad, que les infundia respeto y veneracion; y valiéndose Juan de esta puntual deferencia á sus voces, los juntaba á todos, y así congregados, desde una piedra ó sitio elevado, con-



S. JUAN DE SAHAGUN C.

forme le ofrecia la oportunidad, les exhortaba á que sirviesen á Dios, que no jurasen ni blasfemasen su santo nombre, que no pecasen jamás, y que obedeciesen en todo á sus padres y maestros, con otros consejos á este tenor; revistiéndose para ello de tal espíritu y exterior compostura, que no dudaron los que lo vieron, ser aquellos hechos anticipados pronósticos de que en lo sucesivo sería un apostólico orador; como lo acreditó la esperiencia.

Aplicáronle sus padres al estudio de las letras en el monasterio de religiosos benedictinos de la misma villa, y desde luego observaron los monges en él una gran discrecion en toda su conducta, un entendimiento sólido, mucha sinceridad, y un profundo rendimiento á los maestros, á que añadia una piedad y devocion inesplicables; de suerte, que aun á los mas fervorosos y perfectos hacian tal sensacion las virtudes de Juan, que le miraban como un pequeño prodigio de la divina gracia. Instruyóse en las facultades que se enseñaban en aquella escuela, pero hizo todavía mayores progresos en la ciencia de los Santos. Facilitó su padre que se le diera el beneficio curado de Codornillos, para que á sus espensas siguiera la carrera de los estudios, valiéndose de un servidor para las funciones parroquiales; pero á pocos meses lo renunció, no pudiendo su escrupulosa conciencia avenirse á gozar rentas eclesiásticas sin estar en estado de ejercer personalmente el ministerio del altar, segun disponen los sagrados cánones; manteniéndose ineluctable en esta resolucion, sin que bastasen á contenerlo las mas fuertes persuasiones de su padre y de sus deudos.

Hallándose á la sazón un tío suyo entre los familiares del arzobispo de Burgos, persuadió al padre de Juan, que le acomodase con este prelado, que entonces era D. Alonso de Cartagena, varon recomendable por su notoria sabiduria y sublimes cualidades. Siguióse el efecto al primer paso de la solicitud; porque informado el prelado de las nobilísimas prendas del joven, lo recibió en su familia, como una cosa venida de la mano de Dios. Y experimentando por su trato el fondo de virtud, devocion y justicia que se encerraba en el corazón de Juan, persuadido igualmente de la grande utilidad que resultaria á la Iglesia, consagrando á su servicio un ministro de tanto espíritu y zelo por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas, le ordenó de sacerdote, y le concedió una canongia y un beneficio de Tañebuis, además de una rectoria y de dos capellanías que le dió el abad de Sahagun en prueba del singular amor que le profesaba. Aceptó nuestro Santo á los principios estas presenta-

ciones, tanto por no incurrir en la nota de desagradecido, como por tener medios reales con que satisfacer su grande caridad en socorro de los pobres. Pero reflexionando por una parte la incompatibilidad de estos diferentes beneficios, tan reprobada por los santos cánones; y por otra los repetidos embarazos que ocurren en un palacio, capaces de estorbar á quien quiera darle todo su tiempo á Dios, y servirle en reposo, silencio y libertad; hizo dimision de todas sus rentas, con admirable desinterés, deseando vivísimamente observar una evangélica pobreza; y pidió permiso á su arzobispo para dedicarse enteramente al cultivo de la viña del Señor. Sintió este prelado en el alma la resolución de Juan, pero no atreviéndose á impedir el órden de las sublimes ideas de que estaba movido, y los utilísimos progresos que resultarían de su ardiente zelo á la Iglesia, y al bien espiritual de los prójimos; á pesar de su sentimiento accedió á la solicitud. Obtenida sin limitacion la licencia, se asignó á la iglesia de Sta. Agueda, vulgarmente llamada Sta. Gadea de la misma ciudad, reducido para mantenerse á los pequeños frutos de una escasa capellanía, pero ricamente dotado de la gracia de Dios. Aquí comenzó á predicar en el tono de un apóstol, siguiéndose generalmente el fruto de admirables conversiones al fuego de sus exhortaciones, y la viveza de sus discursos. Y persuadiéndose de que no era justo predicar penitencia y desprecio del mundo, sostenidos de solos estériles razonamientos, y sin la fuerza del ejemplo; se entregó todo á la observancia de una vida asperísima, castigando su cuerpo con rígidos ayunos y asombrosas penitencias.

Después de algun tiempo que continuó en Burgos ejercitando las funciones de su mision, llegaron á sus oídos las tristes nuevas de la guerra civil en que ardía la ciudad de Salamanca con motivo de la enemistad de dos familias, Monroyos y Manzanos (*), los cuales trayendo á su partido una porcion de la ciu-

(*) Dos hermanos de la familia de los Manzanos dieron muerte á dos hijos de D.^a Maria de Monroy, llamada vulgarmente la *Brava*. Esta animosa é intrépida señora, poseida tanto de su dolor como del espíritu de venganza, quiso tomarla de aquellos que se habian retirado: siguióles disfrazada en traje militar hasta Portugal, y habiéndoles cortado las cabezas por su propia mano, las trajo en la punta de una lanza, y las puso por trofeo sobre el sepulcro de sus hijos. Una accion tan ruidosa sorprendió las gentes, y encendió tal odio entre ambas familias, una y otra poderosas en Salamanca, que dividida en bandos toda la nobleza, con presunciones de haber trascendido al pueblo inferior, hacia casi un siglo que sufría esta funesta fermentacion, su-

dad lo tenían todo alborotado, y entregado el pueblo á la ira y á la venganza. Ningun vecino vivia seguro en su hogar, y mucho menos cuando salia por las calles; alcanzando esta infelicidad y desórden aun á las mismas iglesias. No habia mas ley que la fuerza ni mas justicia que la pasion, ni mas recurso que vencer ó pagar con la vida á la venganza del enemigo. Compadecido S. Juan de Sahagun de tamaña desventura, é inspirado del cielo, determinó emplear en su remedio el talento de la predicacion que Dios le habia comunicado. Marchó pues á Salamanca; y en el primer sermón que se le ofreció predicar que fué en la festividad de S. Sebastian, mártir, en su propia iglesia parroquial, fué tanto el ardor con que declamó contra los vicios que la dividian, contra el odio, la enemistad y la venganza, que desde luego lo miraron como otro Jonás censor severo de las abominaciones de Ninive. Halláronse presentes al discurso los colegiales del mayor de san Bartolomé, fundado por D. Diego Anaya, obispo de Cuenca, en el año de 410, y admirando el fuego apostólico del orador, le rogaron que admitiese la beca de capellan en el mismo colegio para seguir con mayor comodidad su carrera. Hizolo así Juan, se incorporó en el colegio, recibió los grados mayores en aquella universidad, y repartió su tiempo con un tan exacto órden, que sin hacer falta á las tareas del estudio, se empleaba infatigable en el ejercicio de su ministerio sacerdotal por todas las iglesias de la ciudad. Pero como no le fuese posible desatender varias ocurrencias en lo interior del colegio, que le parecían estorbar sus designios en favor de los prójimos, ó á lo menos no hacerlo con toda franqueza y libertad; para darse todo á este objeto, que era el principal de sus atenciones, después de tres ó cuatro años que habia vestido la beca, se retiró á casa de un venerable sacerdote, llamado D. Pedro Sanchez, en cuya compañía vivió diez años, continuamente ocupado en la direccion de las almas por medio del púlpito y el confesonario, y en la asistencia de los pobres, sin otra renta que la de tres mil maravedis que le contribuía la ciudad en calidad de su predicador.

Por su ardiente aplicacion al estudio, por las estremas fatigas de un ejercicio casi diario, y por el indecible rigor de las penitencias con que castigaba su cuerpo, cayó en la gravísima enfermedad de dolores de piedra, que le pusieron á peligro de morir, sin otro remedio que el de permitirse á una cruenta ope-

cediendo muertes todos los dias, sin perdonar el furor hasta las mismas iglesias.

racion. Resolvióse Juan á sufrirla, ofreciendo con solemne voto á Dios abandonar el siglo, y entrar en religion, si sobrevivía á la violenta y arriesgada curacion. Permitió el Señor que el suceso fuese enteramente feliz, y apenas se restableció, cuando puso en movimiento todos los medios necesarios para cumplir su promesa. Eligió el orden de los ermitaños de S. Agustin, y admitido en el convento de Salamanca con imponderable gozo de toda la comunidad, tomó el hábito en el día 18 de junio de 1463, estando en los cuarenta y cuatro de su edad.

Ningun novicio principió con mas fervor las primeras pruebas de la disciplina regular; su pobreza evangélica, de que tenia dados repetidos testimonios, su ciega obediencia, su exacta asistencia al coro y á los divinos oficios, su continua oracion, y sus terribles penitencias, fuera de las mortificaciones ordinarias del noviciado, tenian asombrados á los mas perfectos religiosos. Profesó en día de S. Agustin del año siguiente de 1464; y desde aquel momento se empeñó en seguir el espíritu de la regla, componiendo segun la estension de ella todas sus acciones con tanta fidelidad, que en breve tiempo llegó al cúmulo de la perfeccion á que era llamado por su estado. El primer oficio que los superiores fiaron á su capacidad fué el de maestro de novicios; y lo desempeñó con tanta prudencia, dulzura y discrecion, como lo acreditaron su ejemplar conducta, su religiosísima vida, y los discípulos que entraron en la religion por los años que ejerció este ministerio nuestro Santo.

Serian necesarios muchos volúmenes para referir específicamente las heróicas virtudes con que Juan brillaba en la religion. Lo que principalmente distinguia su piedad era la escrupulosísima delicadeza de su conciencia, la singular devocion con que celebraba, y el zelo apostólico de que se revestia ejercitando el alto ministerio de la predicacion. Todos los días frecuentaba una ó mas veces el sacramento de la penitencia, alegando por causal á los religiosos que á este efecto importunaba, que pecaba miserablemente todas las horas, y que no sabiendo en la que habia de morir, debia disponerse cada instante, y estar siempre prevenido. La misma exactitud observaba en la administracion de este sacramento, pues aunque oia las confesiones de todos con una paciencia admirable, con mucha caridad, y una muy particular discrecion, con todo, no fácilmente contemporizaba con los penitentes. No concedía el beneficio de la absolucion sino á los que verdaderamente arrepentidos dejaban la habitud del pecado, y se apartaban de la ocasion. Frecuentemente exigía la restitution actual de lo mal tenido, y la reparacion del honor

vulnerado antes de reconciliarlos con la Iglesia. Su severidad se estendia con mas rigor todavía sobre los eclesiásticos que no vivian conforme á su estado, sobre las mujeres abandonadas y profanas, y sobre las personas de calidad, que mantenian el escándalo y el desorden, logrando por este medio muchas verdaderas conversiones.

Todos los días celebraba con tanta ternura y devocion, que empleando muchas horas en la misa, llegó el caso de no haber quien le ayudase, y de mandarle por obediencia el superior, que abreviara para no ser molesto á los oyentes. Obedeció Juan por algun tiempo; pero conociendo que se le privaba de muchos consuelos celestiales, que interin la accion del sacrificio le dispensaba el Señor, suplicó humildemente al prior que le alzase el precepto por justas causas. Obligóle éste á declararlas, y lleno de una santa confusion le dijo, ser porque Jesucristo en carne humana se le manifestaba visiblemente en aquel acto, unas veces con las señales de su pasion, y otras glorioso, enseñándole varios misterios, é instruyéndole sobre lo que habia de predicar. Oyó lleno de asombro el prelado la genuina y sencilla relacion de nuestro Santo, y ordenó que en adelante le asistiesen los ministros de la sacristia; los que observaron admirados, que unas veces se quedaba en el altar estático, y en una agradable suspension, otras que entre ciertas graciosas inquietudes despedía muchos suspiros y sollozos de lo íntimo del corazon, y muy frecuentemente que regaba con tiernas lágrimas los corporales y la mesa del altar. Por deposicion de una persona fidedigna consta, que aplicándose un día á mirarle de cerca, le oyó decir (teniendo la hostia en sus manos antes de comulgar, y permaneciendo en la misma postura por espacio de un cuarto de hora): *Señor, yo no te puedo recibir si no te vuelves á la primera especie eucaristica.* Las mismas espresiones repitió en otra ocasion que decia misa á presencia de una gran multitud; y en no pocas otras todo el concurso observó, que salian de su boca brillantes resplandores, indicios nada equivocados del grande fuego de amor de Dios que ardia en su pecho; y que al volverse á saludar al pueblo resplandecía la casulla como una nieve, aunque fuese de distintos colores.

Muchos de Salamanca habian llevado á mal que el Santo se hiciese religioso, temiendo que, segun la costumbre de las religiones, le trasladarian á otro convento, privando á Salamanca del apóstol que Dios le habia enviado para remedio de su ruina. Avivaba esta pena la esperiencia dolorosa de haber visto renacer los bandos en el tiempo que fué novicio, y que no habia esgrimido

contra ellos la ardiente espada de la divina palabra. Pero todos estos temores fueron vanos; porque sus prelados no quisieron privar á la ciudad del don que Dios la habia concedido, ni el Santo dejó por ser religioso de emplearse con nueva fuerza y vigor en sus antiguos sermones. Comenzó á combatir de nuevo el odio, la enemistad, y los sangrientos delitos y horrosos sacrilegios en que aquellos vicios precipitaban á los ciudadanos. Como el Santo habia cobrado nuevas fuerzas y vigor con el estado religioso, se esplicaba con mas vehemencia contra la fealdad de sus vicios, y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilió gravísimas pesadumbres, que si pusieron en peligro su vida, no pudieron contrastar su fortaleza y su constancia; porque Dios le libró de todas ellas con visibles prodigios, que contribuyeron no poco á recomendar su santidad. En cierta ocasion se imaginó un magnate que habia hablado con injuria suya en uno de sus sermones; resentido como de una ofensa verdadera, buscó asesinios para que le vengasen, quitándole la vida, ó á lo menos le hiriesen de forma que le sirviera de escarmiento. Quisieron ejecutar el impío proyecto al salir el siervo del Señor de la iglesia de Santo Tomás; pero al primer impulso de acometerle, quedaron inmóviles, pasmados, y los brazos sin actividad, hasta que reconociendo su error, y postrados á los pies del Santo, le pidieron perdon.

Peró entre todos los casos que diéron en que ejercitar la paciencia de este siervo de Dios, y manifestaron los portentos con que el cielo auxiliaba su predicacion, librándole milagrosamente de los atentados y persecuciones, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con D. García de Toledo, duque de Alba. Fué el Santo á predicar á esta villa, y hablando en el discurso del sermón de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tiranía con que oprimian á sus vasallos, cargándolos con insoportables tributos y gabelas. Afeóles además de esto el teson con que fomentaban y sostenian los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió el duque que lo habia dicho por él, y en presencia de varios caballeros dijo al Santo cuando fué á despedirse: *Padre, bien habeis soltado hoy vuestra lengua; y pues habeis hablado descortés y atrevidamente, no sería mucho que se os diese el pago de vuestro loco decir por esos caminos.* Respondió el Santo lleno de mansedumbre: *Señor, el oficio de predicador no es de decir lisonjas, sino la verdad de Jesucristo: todos los males que me pueden venir, son mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi ministerio apostólico,*

declamando contra los vicios. Dios que está en el cielo, ve la inocencia de mi corazon, y en el confío que sabrá defenderla. Dicho esto se despidió del duque y demás caballeros, y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habian de producir la compuncion y arrepentimiento, irritaron mas el enojo del duque; quien mandó á los criados, que tomasen caballos y armas, y saliesen al camino á matar á aquel fraile. Pusieron en ejecucion la órden de su amo; y alcanzando al Santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones, y las dió á entender al Santo con temor. Este, lleno de confianza en la bondad divina, le respondió sin alterarse: *No tengais cuidado, hermano, ni os asusteis al ver tan cerca de vos los caballos y las lanzas, que si Dios está con nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni en un cabello de la cabeza.* Verificóse así, porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrilegos intentos, cuando tanto los caballos como los caballeros se quedaron parados por divina virtud, y agitados de una convulsion tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquel era castigo con que el cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al Santo, pidiéndole perdon, y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió san Juan de Sahagun, y echándoles su bendicion, concedió la sanidad y la vida á los que venian en ánimo de quitársela. A la misma hora que esto sucedia en el campo, padecia el duque en su pueblo una fatiga y convulsion, que le llevaba por puntos al último estremo. Llegaron los escuderos; refirieron lo que les habia pasado: una luz sobrenatural le manifestó al duque todo el horror de su delito; y enviando mensajeros al prior de S. Agustin, le pidió encarecidamente que le enviase el santo fraile Juan, bien cierto de que si tardaba, no le hallaria con vida. Condescendió el prior á esta súplica: entró el Santo donde estaba el duque, el cual luego que le vió, se arrojó de la cama, se puso á sus pies de rodillas, confesando su culpa con lágrimas, y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. El Santo le consoló: le dió saludables consejos para lo futuro; y haciendo oracion por él, quedó repentinamente sano. Dió el duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al convento de S. Agustin de Salamanca muchas limosnas, entre las cuales un zamarro y unos corporales, que se conservan todavía en el sagrario del convento, como prendas de tan grandes maravillas.

A la virtud de la predicacion, de la oracion, de la caridad y la penitencia, juntaba el Santo otras muchas que le constituian en

un grado sublime de santidad. Sin embargo, era tan bajo el concepto que tenia de sí mismo, y tan grande el temor de que su alma tuviese la menor mancha, que frecuentaba el sacramento de la penitencia como si fuera muy defectuoso. Cuantas veces salia fuera del convento, otras tantas se confesaba: lo mismo hacia al tiempo de volver, y otras diferentes veces en el discurso del dia. Este esmero singular en conservar la pureza de conciencia, se le remuneró Dios con un favor soberano, que excede la capacidad del humano entendimiento. Al tiempo de consumir la sagrada hostia, se dejaba ver Jesucristo con su cuerpo glorioso, despidiendo de todo él, y principalmente de las llagas, tan grandes resplandores, que ofuscaban la vista mortal, si el mismo Dios no la fortaleciese con su omnipotencia. Al mismo tiempo entendia el Santo cosas divinas y maravillosas de los sacrosantos misterios. Por esta causa sentia en su alma tan excelentes dulzuras, que se enajenaba de sí, y se detenia notablemente en la celebracion de la misa. Faltábales paciencia á los ministros que le ayudaban: quejáronse al prelado: reconvinole éste, y estrechado por la obediencia, hubo de manifestar á pesar de su humildad los soberanos favores que del cielo recibia. Acompañó esta confesion con tantas demostraciones de sumision profunda, con tantos suspiros y lágrimas, que no pudo menos el prelado de conocer la verdad, y admirar las misericordias que ejecutaba Dios con su siervo; mandando á los ministros de la iglesia que de allí adelante tuviesen paciencia por mas que el Santo tardase en la celebracion de la misa.

A tan sublimes virtudes y tan excelentes favores quiso el cielo juntar el don de profecia, con que pronosticaba las cosas futuras, y descubria los ocultos secretos del corazon; y una superioridad sobre los elementos, que le hicieron célebre con repetidos milagros. Predicaba en cierta ocasion en la iglesia de S. Lázaro de Salamanca, y conmoviéndose algunas personas que estaban entre sí enemistadas, les mandó el Santo que se aquietasen, porque el primero que incomodase turbando el auditorio, quedaria repentinamente muerto; lo cual se verificó. Esperimentó igualmente esta virtud de penetrar los corazones una mujer, que habia propuesto matar á una hija, porque del trato con cierto hombre habia quedado deshonrada. Llegóse esta mujer, entre otras varias, á besar la mano á S. Juan de Sahagun, cierto dia que pasaba por la calle: negósele, diciéndola al oido: *No te la quiero dar porque estás endemoniada.* Turbóse la infeliz oyendo esto: fué al convento, y postrándose á los pies del Santo, le suplicó la dijese la causa de lo que habia dicho. En-

tonces S. Juan de Sahagun la reveló todo el secreto; diciendo el estado de preñez en que se hallaba su hija: el proyecto que tenia de matarla: persuadióla á que no lo hiciese, asegurando que aquel hombre se casaria con ella, y vivirian pacíficamente en el santo matrimonio. Quedó la mujer admirada, viendo la verdad de cuanto decia tocante á su persona, y de lo demás lo certificó la esperiencia.

A proporcion de estas maravillas fueron las que ejecutó el Santo por el dominio que tenia sobre las aguas. Una de ellas fué, que habiendo caido un niño en un pozo á la sazón que el Santo pasaba por aquella calle, movido de las lágrimas de su madre, echó la bendicion á las aguas del pozo, y éstas crecieron inmediatamente hasta el brocal, trayendo sobre sí al niño sin padecer lesion alguna. Alargóle el Santo la correa, y asiéndola la criatura, se le entregó salvo á su madre, en quien eran iguales los extremos de alegría á los votos y gracias que ofrecia al cielo. En otra ocasion venia de predicar de Alba; y como su atencion la llevaba por lo comun en las cosas de Dios, cayó impensadamente en el rio Tormes; y cuando todos los que le vieron caer tenian su muerte por cierta, pues la corriente le habia arrebatado y hecho pasar por tres paradas de aceñas, que á la sazón molian, vieron con admiracion que salió sano y enjuto como si no hubiera estado en el rio. Esta maravilla la repitió el cielo muchas veces con nuestro Santo, segun consta del proceso de su canonizacion. Sin embargo de que su virtud y santidad estaban testificadas con tan singulares prodigios, era tal la delicadeza de su conciencia, que en todo temia desagradar á aquel Dios que tan misericordiosamente le favorecia. Fué á su pueblo con licencia del prelado á ciertos negocios, y como para concluirlos no bastase el tiempo que habia llevado, fué tanta su afliccion, que angustiado su espiritu, no hallaba consuelo en las cosas de la tierra. Envió un mensajero á solicitar la próroga de la licencia, y mientras éste venia se encerró en un cuarto en donde se tuvo encarcelado á sí mismo, hasta que el mensajero le trajo la licencia, y en ella el consuelo de su alma.

Una vida tan santa, llena de todos los ejercicios de las virtudes, una fe viva que el Hijo de Dios premiaba con la vista corporal de su gloria en el Sacramento, una esperanza colocada en el Señor, por la cual cedia de su derecho toda la naturaleza cuando el Santo la mandaba, una caridad ardiente que se dirigia al beneficio del alma y del cuerpo, predicando, confesando, padeciendo injurias, y pidiendo limosna para socorrer á los pobres: la destruccion de unos bandos que no pudieron apaciguar

tres reyes: todo este conjunto prodigioso no podia menos de mover los corazones sensibles á admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto, S. Juan de Sahagun era aclamado públicamente por santo. Su temerosa conciencia lo resistia, y procuró con artificios ridiculizarse para minorar su estimacion, haciendo que le tuviesen por loco; pero segun la palabra de la divina sabiduria, esta misma humillacion le produjo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros, y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva despues de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar de la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto, que una mujer poderosa, de cuyos lazos torpes habia el Santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fué poco á poco secando.

Seguióse al suceso dicho la muerte de nuestro Santo lleno de merecimientos en el día 11 de junio de 1479, quedando su rostro con una extraordinaria hermosura, y su cuerpo flexible, despidiendo un suavísimo olor; al que dieron sepultura en la iglesia de su convento de Salamanca, despues de haberle tenido algunos dias en el féretro para satisfacer la devocion de las innumerables gentes que concurrían á venerarle. No tardó el Señor en acreditar la opinion de santidad que siempre tuvo su fiel siervo por medio de repetidos milagros, que hicieron célebre su sepulcro, visitado por lo mismo de la reina D.^a Isabel, Fernando V, Carlos V, y los reyes Felipes II y III, los cuales dieron motivo á que se tratase de su beatificacion y canonizacion, y que se hiciese la traslacion de sus reliquias en el año de 1533 á una capilla de nuestra Señora, y de ésta á otra, dispuesta en forma de tabernáculo, en el de 1569, donde hoy se veneran. Los procesos justificativos se pusieron en estado en el de 1525, y se reasumieron en el de 1545, continuados bajo diferentes papas á instancias de los reyes de España, y de los eremitas de S. Agustin; en virtud de los cuales le declaró beato Gregorio XIII en el año 1572; y en 9 de junio de 1601 concedió Clemente VIII que pudiese celebrarse su oficio por todo el clero secular y regular de Salamanca; cuyo indulto, aplicado despues á la provincia de eremitas agustinos de Castilla, estendió su

Santidad á todo el orden y pueblos de Sahagun y Cea en 11 de octubre de 1603. Con todo esto no se cesó en proseguir la causa hasta su canonizacion, que hizo con efecto con las solemnidades acostumbradas la santidad de Alejandro VIII en 16 de octubre de 1690 juntamente con las de S. Lorenzo Justiniani, S. Juan Capistrano, S. Juan de Dios y S. Pascual Bailon.

Escribió S. Juan de Sahagun unas confesiones de su vida, y notas marginales sobre la Biblia y sobre la Suma Bartolina.

SAN ONOFRE, ANACORETA.

ENTRE las vidas de los Santos, algunas hay de ermitaños y perfectísimos anacoretas, los cuales moraron muchos años en los desiertos, y siendo hombres como nosotros, vivieron tan áspidamente que suspende el entendimiento, considerando lo que puede nuestra frágil carne, confortada con el favor de aquel Señor que escoge y se sirve de las cosas flacas, por mostrar mas su poder. Tal es la vida de S. Onofre, anacoreta, la cual escribió un santo monge llamado Pafnucio, y es de la manera siguiente:

Estando Pafnucio en el yermo, inspirado del Señor, le vinieron deseos de conocer y tratar los varones santos que habia en aquellos desiertos; y despues de haber caminado algunos dias y vencido grandes dificultades de cansancio, hambre y sed, vió venir de lejos un hombre desnudo, cubierto de cerdas, al modo de una espantosa fiera, y ceñido con una cinta hecha de hojas de árboles. Asombróse Pafnucio; y viendo que se dirigia á él, desfavorido huyó y se subió á un monte; y el hombre desnudo le siguió hasta la falda del monte, y se dejó caer en tierra, y alzando como pudo la voz, le habló de esta manera: *Varon santo, descende; que hombre soy mortal, que vivo en este desierto.* Oyendo estas palabras, luego bajó Pafnucio, y se echó á sus pies, y él lo hizo levantar, y sentar junto á sí. Preguntóle por su nombre Pafnucio; y él respondió que se llamaba Onofre, y que habia sesenta años que vivia en aquella soledad; y que en todo este tiempo nunca habia visto otro hombre, sino á él; porque siendo mozo, y monge en el monasterio llamado Erico en Thebas (donde habitaban cien monges, grandes siervos de Dios, y muy unidos en la misma fe y caridad), y habiendo oido decir de la vida que hizo el profeta Elias y S. Juan Bautista en el desierto, y que era cosa mas perfecta vivir en soledad, apartado de los hombres, y pendiente de sola la providencia de Dios, que no en la comunidad donde hay tantas ayudas y so-